

Esto al concilio de los dioses dijo  
 En la esfera de Júpiter Cilenio,  
 Quedando absortos con su hablar prolijo,  
 Más de la novedad que de su ingenio :  
 Calló de Maya el elocuente hijo ;  
 Y de los dioses el divino genio,  
 Como la nueva á espanto le provoca,  
 Arqueó las cejas y frunció la boca.  
 Júpiter dijo desde el trono alto  
 A los dioses sus súbditos : « Confieso  
 Que me causa la nueva sobresalto ;  
 Y el grande miedo me ha tenido preso :  
 No se asomen á ver el fiero asalto  
 Los dioses celestiales ; que el suceso  
 Temo que les provoque á alguna pena,  
 Cosa sin duda á su deidad ajena.  
 « Quédese el mundo de tinieblas lleno  
 Mientras que pasa tanta desventura ;  
 No ponga Febo á sus caballos freno,  
 Ni el carro saque de su lumbré pura ;  
 Estése en tanto de su luz ajeno,  
 Y todo el tiempo que la guerra dura,  
 A las puertas del cielo echen la llave,  
 Y no las abran sin que el daño acabe.  
 « Delia la plata de su faz redonda,  
 Con cuya hermosa luz al mundo alegre,  
 Mientras pasa furor tan grave, esconda,  
 Y sin ser vista de la noche negra,  
 En ninguna manera corresponda  
 Con luz ; que el mundo todo es otro Flegra ;  
 Ni en forma ya de tajador se ofrezca,  
 Ni rebanada de melon parezca. »  
 Dijo ; y de la basilica el espacio  
 Desocupan los dioses al momento,  
 Y pasan por las salas del palacio  
 Con más veloz que tardo movimiento :  
 Sola mi torpe pluma va despacio ;  
 Mas ya contra la flema y vuelo lento  
 La desgrefñada Euménide la mira,  
 Y para entrar, con furia se retira.

## CANTO X.

Despues que tuvo el tártaro pagano  
 Toda la chusma moscatel absorta,  
 Relatando sus hechos, que al romano  
 La fama dejan de los suyos corta ;  
 Alegre el rey Sanguileón y ufano,  
 Como aquel que conoce cuánto importa  
 Un capitán que, tras el ser valiente,  
 En orden ponga la bisona gente ;  
 Convoca las indómitas cabezas,  
 Caudillos fuertes de su gente brava,  
 Y repite los hechos y proezas  
 Que el que las hizo de contar acaba ;  
 Y visto en sus hazañas las certezas  
 Del gran valor que el tártaro mostraba,  
 Por general publican que se elija,  
 Que se le dé el bastón, y el campo rija.  
 Parte á su tienda el rey de la Mosquea,  
 De una espesa caterva acompañado ;  
 Porque en la tienda suele esta ralea  
 Sustentar un ejército alojado :  
 En la tienda del tártaro se apea,  
 Que estaba de moscones rodeado,  
 Los cuales, viendo su señor presente,  
 Se levantan y danle en que se asiente.  
 « Moscon Sicaboron, á vos se os debe,  
 Dijo, de general el nombre y cargo ;  
 A vos, que sin temor del Austro aleve,  
 Del mar nadastes el espacio largo ;  
 A vos, á cuya fuerza no se atreve  
 La hambre á derribar, pues sin embargo  
 De la suya, á tres pulgas muerte distes,  
 Y la liendre que asaban os comistes ;  
 « A vos, que por en medio del estruendo  
 De los contrarios con furor pasastes,  
 Y el acero con ánimo esgrimiendo,  
 La vida de sus manos escapastes ;

A vos, primo, esta vez hacer pretendo,  
Porque con gran valor lo granjeastes,  
General y cabeza de mi gente:

El baston recibid, moscon pariente.»

El rey de la Mosquea cerró el labio,  
Cuando el Sicaboron el suyo arrima  
Al dorado baston, diciendo: «Agravio,  
Haceis á dignidad de tanta estima.»

Era el Sicaboron mosquino sábio,  
Aunque terrible y fiero por su clima,  
Y en lo que es elocuencia y cortesía  
Pocos como él en todo el campo habia.

El cargo acepta el capitán valiente,  
Y manda, sin que un punto se dilate,  
Que se arme toda la robusta gente  
Y se aperciban al mortal combate:  
Vuela por todo el campo diligente  
La voz que afuera echó por su gáznate  
El general soberbio, que el primero  
Viste las armas y el doblado acero.

De una uña de hombre el cuerpo viste,  
Que al más duro metal su fuerza iguala,  
Arma cruel, para los piojos triste,  
Que su muerte á los míseros señala;  
Reparo temerario que resiste  
El fiero golpe de arrojada bala,  
Carga que si del tártaro no fuera,  
No hubiera quien vestírsela pudiera.

Pero, ¿qué grito súbito resuena  
Del polo en la convexa superficie  
Con más furor que cuando el Austro truena,  
Que parece que el cielo se desquicie?  
Arriba sube con furor la arena;  
¿Quién puede haber que al cielo maleficie?  
Que el polvo denso más que espesa nube,  
Contrario á Febo y á sus rayos sube.

«¡Aparta, aparta, plaza, plaza, pasol!»

¿Por quién dará la gente tales voces?

Mas ya descubren manifiesto el caso

Los miembros caballares y feroces:

El famoso Bucéfalo, el Pegaso,

El animal veloz entre veloces,

El ligero Babieca, el gran Bayardo,

Y el más que todos sin compás gallardo;

El caballo leal del rey de Buta,  
Haciendo cabriolas y corvetas,  
Con piés y manos el arena enjula  
Arroja á la region de los cometas:  
Con no le haber domado maña astuta,  
El por causas ocultas y secretas,  
Como el otro Bucéfalo, al rey fiero  
Humilde se le muestra cual cordero.

Grillo tambien se llama, no de aquellos  
Morcillos del gran rey de la Mosquea,  
Que, aunque ellos son más gordos y más bellos  
Que la casta de estotros y ralea,  
Estos alzando los allivos cuellos  
Tanto suelen saltar, que no hay quien crea  
Que el salto suyo pueda ser tan alto,  
Que setecientas pulgas pase un salto.

Y llamarse esta bestia Grillo tiene  
No pequeño misterio, y se responde  
Que el nombre suyo derivado viene  
Del símil que á los grillos corresponde;  
Que como el que los presos piés contiene  
Dentro en los grillos, á la parte adonde  
Parte, de libertad estando falto,  
No llega presto, si no apresta el salto.

Así del grillo el nombre se deriva  
Al que con tanta fuerza y ligereza,  
A poder de los saltos, hácia arriba  
Camina con tan súbita presteza;  
Mas ya el discreto en la razon estriba,  
Y no le satisface la agudeza  
Que, siendo el grillo obstáculo del vuelo,  
Le usurpe el nombre aquel que salta al cielo.

Porque la duda grande aquí se acabe,  
Respondo, si figuras de retórica  
El que en el caso duda entiende y sabe,  
Y si es versado en la lección histórica;  
Que aun en historia cual la nuestra grave  
Hay figura, y en práctica y teórica,  
Por lo cual á la cosa el nombre damos  
Contrario á los efectos que le hallamos.

De la madre Cibéles los varones,  
Sus sacerdotes frigos, se llamaron  
Gallos, siendo castrados y capones,  
Que para el ministerio se castraron:

Tambien con este nombre de pelones  
 La gente de Castilla motejaron  
 A los sin pelo ; frásis que hasta hoy dura ,  
 Que impuso la retórica figura .

Y esta razon sin duda es concluyente ,  
 Y el símil verdadero con que arguyo  
 Claro muestra el origen , y patente  
 Principio singular del nombre suyo ;  
 Y porque no parezca impertinente  
 Cuestion de nombre , con decir concluyo  
 Que como uno pelon y el otro gallo ,  
 Grillo se llama nuestro gran caballo .

En este el rey Sicaboron cabalga ,  
 Temblando al golpe de sus piés la tierra ;  
 Que en él no teme el tártaro aunque salga  
 Toda la chusma que el infierno encierra ;  
 Y porque ménos la defensa valga  
 A la contraria gente de la guerra ,  
 La adarga abraza y asta larga empuña ;  
 Que armas tan fuertes son como la uña .

Una reseca costra que en el lomo  
 Gran tiempo tuvo algun rocin matado ,  
 Y el sol la puso dura , adonde el plomo  
 No tiene fuerza , en balas arrojado ,  
 Abraza el fuerte Barriliense , y como  
 Soldado en el valor aventajado ,  
 De su lanza cruelísima se encarga ,  
 De horrendo peso y sin medida larga .

Mira de los soberbios mirmiliones ,  
 En órden puestos por su rey Mirpredo ,  
 Los bravos y lucidos escuadrones  
 Que al infierno pudieran causar miedo :  
 Armados miró el rey á sus varones  
 De ricas armas y con tal denuedo ,  
 Que ya á los mirmidones y Mirnuca  
 Se le antoja que el ímpetu trabuca .

De una ala de murciégalo vestido  
 Va de piés á cabeza el rey , y lleva  
 La visera fortísima que ha sido  
 De los golpazos del Mirnuca prueba :  
 Es arma valerosa que ha sufrido  
 Furibundos encuentros ; arma nueva  
 Del orbe , en cuyo cóncavo se encierra  
 El mijo , fruto de la estéril tierra .

De lo que el Barriliense hizo el escudo ,  
 Estotros hacen petos y espaldares ,  
 Por ser efecto de su rostro crudo ,  
 Estrago de los miembros caballares :  
 La dura punta del acero agudo ,  
 Probada en estas armas singulares ,  
 No tiene fuerza , porque allí se queda ,  
 Sin que pasar la de la costra pueda .

No canto aquí las armas por extenso  
 De tanta gente y de caudillo tanto ,  
 Porque metiera á los mirones , pienso ,  
 En mar de confusion y caos de espanto ;  
 Porque , como el ejército era inmenso ,  
 Tambien inmenso habia de ser mi canto ,  
 Y eran pocas cien lenguas , bocas ciento ,  
 La voz de hierro y infatigable aliento .

¡ Qué de marqueses , duques , condestables ,  
 Capitanes , alféreces , sargentos !  
 ¡ Qué de trajes diversos y admirables  
 Se ofrecen á la vista por momentos !  
 ¡ Qué diferentes trazas , qué variables  
 Se ven de los magnates los intentos !  
 ¡ Qué lenguas de naciones infinitas ,  
 Tábanas , mirmiliones y mosquitas !

Nunca tan grande máquina mantuvo  
 Dentro ni fuera de sus muros Roma ,  
 Ni en la casa de Meca nunca tuvo  
 Tal variedad el hueso de Mahoma :  
 La Babilonia que en la torre estuvo ,  
 Donde se originó todo idioma ,  
 Con esta de las moscas comparada ,  
 Todo es , sin duda alguna , poco ó nada .

No cuento en las banderas y estandartes  
 Insignias , hieroglíficos y empresas ,  
 Ni los pendones que por todas partes  
 Estaban tremolando en astas gruesas ;  
 Las municiones , tiros , baluartes ,  
 Las grandes amenazas y promesas ,  
 Los atambores , pifanos y cuernos ,  
 Y el són que alborotara á los infiernos .

Cansada fuera de escribir mi pluma ,  
 Y mi cabeza por igual cansada ,  
 Cuando quisiera alguna breve suma  
 De todo el campo proponer cifrada ;

Pero lo que es más justo que resuma,  
 Por ser cosa entre todas celebrada,  
 Es la oración que estando todo á punto  
 Hizo el tártaro rey al pueblo junto.

Mal año en la catónica elocuencia,  
 Cuando el del valle barriliense aboga;  
 Que solo él en la oratoria ciencia  
 El nombre á los retóricos deroga:  
 Si de los senadores en presencia  
 El se vistiese la cerúlea toga,  
 Presumo, Ciceron, que el nombre tuyo  
 El tártaro cascase con el suyo.

Si lengua y fuerzas por igual tuviera,  
 Como el Sicaboron, el que fué tipo  
 En la ateniense escuela, nunca fuera  
 Señor de Grecia el macedon Filipo;  
 Y no me alargo, que si Aténas viera  
 El que en palabras y obras anticipo,  
 Es cierto que Demóstenes y Esquines  
 Se quedarán absortos matachines.

« Ya, quirites moscones, dijo, lleg a  
 El rico y venturoso tiempo cuando  
 Se ha de mostrar en la marcial refriega  
 La virtud interior de nuestro bando:  
 Ya el nombre singular que el ocio os niega  
 Cobrar podréis ahora peleando,  
 Dejando siempre vuestra fama viva  
 Si el hado inicuo de la vida os priva.

« Ya el corazon, amigos, me revela  
 Que en las parleras lenguas de la fama  
 Por todo el mundo vuestro nombre vuela,  
 Y con título heróico se derrama:  
 Ya de su cola los cañones pela;  
 ¿ A quién tal gloria el corazon no inflama?  
 Porque quiere con ellos vuestras glorias  
 Escribir para siempre en las memorias.

« Ya miro que en el cielo os aperciben  
 Escaños ricos y lugar eterno,  
 Adonde con los héroes que allá viven  
 Participéis del celestial gobierno:  
 Ya vuestros nombres inclitos se escriben  
 De la caterva heróica en el cuaderno,  
 Y al són de los marciales atambores  
 Recibís de los dioses los honores.

« Esta gloria, quirites, es debida  
 A los famosos por divina suerte,  
 Por paga eterna de la heróica vida  
 Que tuvo fin con su gloriosa muerte:  
 Pues ¿ en qué pecho la virtud dormida  
 Estará, que á la fama no despierte  
 De premio tal, que la virtud le pone  
 Al que á seguir sus pasos se dispone?

« La justicia teneis de vuestra parte,  
 Y á la razon con ella, y es sin duda  
 Que en contra destas nunca el fuerte Marte  
 Presta favor ni con su fuerza ayuda:  
 Todo mosquito con valor descarte  
 El vil temor y á la razon acuda;  
 Que no tendrá fortuna tanta fuerza,  
 Que los intentos de justicia tuerza.

« ¿ No se estaba en sus cámaras metido  
 El rey Sanguileon, y entre pebetes,  
 Cuando llegó el soldado mal herido  
 Penetrando sus íntimos retetes?  
 El fiero hormiga, el Granestor ha sido  
 Quien con cien mil peones y jinetes,  
 Siete mil moscas á traicion vencidas,  
 Hizo que diesen al rigor las vidas.

« Al Ranifuga le apretó el gazzate,  
 Y dicen que por todas las paredes  
 Las moscas presas en aquel combate  
 Se ven del Mosquifuro entre las redes:  
 Pues ¿ es razon que nuestras gentes mate  
 Este tirano vil, este Diomédes,  
 Que en sus caballerizas, de sus potros  
 Dice que cebo hemos de ser nosotros?

« Ya veis que nuestras fuerzas por momentos  
 Los retos del Putrifola aniquilan,  
 En que reta el licor que los jumentos  
 Por su vista á menudo nos destilan:  
 Pues aquellos pestíferos hambrientos,  
 Y unas arañas femeniles que hilan  
 Como mujeres débiles. ¿ se atreven  
 A resistirnos sin que el pago lleven?

« ¿ Cuál será aquel valiente caballero,  
 Más fuerte y más privado entre los míos,  
 Que en nuestro nombre rete el flaco acero  
 Y fuerza poca en los contrarios bríos?

Si vuelve victorioso, como espero,  
 Por premios de tan grandes desafíos,  
 De la hija del rey de la Mosquea  
 Hará su padre que marido sea.»  
 Calló; y las gentes con temor se miran,  
 Con el miedo temblándoles la barba,  
 Y todos de la empresa se retiran,  
 Aunque en sus pechos el amor escarba:  
 Por la infanta sus ánimos suspiran,  
 Mas solo al caso sin temor se engarba  
 El fuerte Asinicedo, que había sido  
 De los virotos del Machin herido.

«Yo, dijo entonces, de salir prometo,  
 Buen rey, si se me cumple la promesa;  
 Que no dudaré yo por tal sugeto  
 Que solo emprenda tan heroica empresa:  
 Contra la vil canalla echaré el reto,  
 Y llevando en mi mano un asta gruesa,  
 La arrojaré en su ejército con brio,  
 Dándoles á entender el desafío.»

Grande contento el tábano y mosquito  
 Con la razon del Cénzalo tuvieron,  
 Y para asegurarle en el camino,  
 De fortísimas armas le vistieron:  
 Dióle el Matabalho el yelmo fino,  
 Y el rey Sicaboron la lanza, y vieron  
 Al mancebo gallardo, que en un punto  
 Se puso al campo del hormiga junto.

No estaba del contrario media milla,  
 Si tres mil pasos hacen una entera:  
 Tres mil, digo, de un piojo; y así trilla  
 Todo el espacio en sola una carrera;  
 Y en llegando al ejército, en la orilla  
 Levantando del rostro la visera,  
 Que era un profundo cóncavo de mijo,  
 La voz alzando, á los contrarios dijo:

«Caballeros jinetes y peones,  
 Que hechos en nuestra contra engrudo ó liga,  
 Venis acompañando los pendones  
 Que al campo saca el Granestor hormiga:  
 Mis palabras oid, pulgas varones,  
 Que hembras entiendo que es mejor os diga;  
 Oid, chinches y arañas, mis despachos,  
 Ora os tenga por hembras ó por machos.

«Yo, un soldado mosquito, cuyo nombre,  
 Mientras os digo mi embajada, calló,  
 Porque mientras os hablo no os asombre,  
 Que por esta razon quiero excusallo:  
 Si no es que acaso, sin que yo me nombre,  
 Conocéis en mis armas y caballo  
 El fiero estrago de pulgona gente,  
 Y por renombre al Cénzalo valiente;  
 «A tí, el hormiga, pulga, chinche ó piojo,  
 Que con más que sobrado atrevimiento  
 Dijiste que retabas el despojo  
 Con que el rocin nos sirve y el jumento:  
 A tí, el araña, que aunque en fuerzas flojo,  
 A traicion con tu raro entendimiento  
 Traidores tiros con engaños labras,  
 Con que nuestros mosquitos descalabras;  
 «(Prestad á mi retórica el oido,  
 Pero no imagineis que así la llamo  
 Porque con dulce método os convido,  
 Cuando por daros cruda muerte bramo:  
 Retórica la llamo, que ha tenido  
 Origen deste reto, con que infamo  
 Vuestro nombre; y saliendo desta fuente,  
 Retórica la llamo propiamente.)

«Reto el primero al Granestor, y luego  
 Reto al Mirnuca en el lugar segundo,  
 Pues con las armas de Sinon el griego  
 La muerte dieron á la flor del mundo:  
 Reto el granero tenebroso y ciego  
 En cuyo seno cóncavo y profundo  
 El trigo encierran que á las eras quitan;  
 Y reto el modo con que á Caco imitan.

«Reto los granos y tambien las pajas  
 Que avarientas guardais por todo el año  
 De vuestras trojes en las partes bajas,  
 Sin que conozca de la lluvia el daño:  
 Reto del pan cocido las migajas  
 Que, presurosas, con cuidado extraño  
 A vuestra oscura cueva llevais puestas,  
 Cual ganapanes en efecto, á cuestas.

«A los piojos sacrilegos y fieros  
 Reto, y al Fífolgel, su gran cabeza;  
 Que cabeza de piojos bandoleros  
 No es, á mi parecer, de envidia pieza:

Sus matadores íntimos aceros  
 Reto; no los que cubren su fiereza,  
 Sino aquellos de la hambre matadores,  
 Por ser ellos tan grandes comedores.

«Reto los cuernos y la punta aguda  
 Que cada piojo en su cabeza muestra;  
 Que en efecto juntó gente cornuda  
 El Granestor hormiga en contra nuestra:  
 Sus ocho piés les reto; que, sin duda,  
 Para huyendo escapar la vida vuestra  
 Bien habréis menester, piojos hambrientos,  
 Volver los ocho piés en ochocientos.

«Al Caganielo pulga y sus secuaces  
 Reto, y también sus atrevidas bocas  
 De sangre chupadoras y vivaces,  
 Fiereza suma en sus presencias pocas:  
 Reto sus dientes fieros y mordaces,  
 Los saltos altos y sus furias locas;  
 Bestias en fin que el polvo de la tierra  
 Produjo al mundo para hacerle guerra.

«Reto la chusma de Letiria sucia  
 Y al capitán Putrífola hediondo,  
 Y de uno y otros la presencia lucía  
 De su asqueroso círculo redondo:  
 Reto de todos la medrosa astucia  
 De recogerse en el resquicio hondo;  
 Y el agujero en que se aprietan reto,  
 Y de ponerlos juro en más aprieto.

«Reto los ocho piés del Mosquifuro,  
 Y las redes que en daño nuestro traza,  
 Y de pasar con mi caballo juro  
 Por ellas, para ver cómo se enlaza:  
 Las pelotas le reto que del muro  
 Arroja, con que á todos amenaza:  
 Reto sus miembros y sus barbas blancas,  
 Y de su gente vil las ocho zancas.

«A todo vuestro bando en su presencia  
 Yo, de mi campo y rey legado y nuncio,  
 De vuestra desventura la sentencia,  
 Sin que aproveche apelación, pronuncio:  
 Hoy castigo tendrá vuestra insolencia,  
 Muriendo en la batalla que os anuncio,  
 Y en señal que con ella os amenazo,  
 La lanza recibid que os da mi brazo.»

El brazo entonces denodado extiende,  
 Atrás lo vuelve y luego lo adelanta,  
 Y con el asta larga el aire hiende:  
 ¡Oh amor inmenso por la bella infanta!  
 La chusma, que ve el ímpetu, no entiende  
 Que tuviera mosquito fuerza tanta,  
 Que el asta como rígida saeta  
 Por las contrarias suyas entremeta.

Pues decir era el asta como quiera:  
 Yo puedo asegurar que hiciera harto  
 Cualquier soldado que valiente fuera,  
 Si meneara de la lanza un cuarto:  
 Un árbol alto y temerario era,  
 Entero leño de un soberbio esparto,  
 Que, como si no fuera de algún peso,  
 En medio la arrojó del campo espeso.

Causó en el campo del hormiga asombro,  
 Porque ignoraban que animal humano  
 Pudiera echar tan grave carga al hombro,  
 Ni abarcar tan gran leño con la mano;  
 Y prosigue el mosquito: «Yo me nombro  
 El crudo azote del pulgon villano;  
 Llámome, si antes no os morís de miedo,  
 El cenzalino rey Asinicedo.»

Dijo; y volviendo de la bestia el anca,  
 Les muestra á los retados el cocote,  
 Y el caballo pulgon furioso arranca  
 Del campo al punto con ligero trote:  
 ¡Oh qué de tierra que el caballo atranca!  
 Virtud del ceguezuelo del virote,  
 Que encarándole el arco de hito en hito,  
 Traspasó el corazón del rey mosquito.

Al punto el Mosquifuro le dispara  
 Desde el campo relámpagos y truenos,  
 Tiros soberbios á su cuerpo encara,  
 De fuego vivo y pestilencia llenos:  
 Si el ligero caballo no llevara,  
 Que era el mejor del campo entre los buenos,  
 Los retos del mosquito yo aseguro  
 Que vengara el ardid del Mosquifuro.

Del campo el fuerte Cénzalo se aleja,  
 Y de la fuerza de sus golpes crudos  
 El buen caballo aligero se queja,  
 Con los ijares de la piel desnudos:

Dice el mosquito que á los otros deja  
De puro espanto de su reto mudos,  
A batalla campal desafiados,  
Y hasta los mismos tuétanos retados.  
Entraron las hormigas en consulta  
Con la pulga y araña, chinche y piojo;  
Que ya la rabia de su pecho oculta  
Patente muestran y el rencor y enojo:  
Al fin de un largo cónclave resulta  
Que al esparcir sus hebras el dios rojo  
Tengan su gente en orden en campaña  
La pulga, chinche, piojo, hormiga, araña.  
Voló luego la voz, dejando absorta  
La furiosa caterva, á quien avisa  
Que en breve tiempo y en distancia corta  
Todo hormiga soldado se arme aprisa:  
«Mucho, dijo el Mirnuca, mucho importa  
En tal necesidad y tan precisa  
Que al punto nuestro campo al enemigo  
Y al retador blasfemo dé el castigo.  
«El Mosquifuro con los suyos tenga  
Su lugar en el muro, y sus enredos  
Y cavilosas máquinas prevenga  
Contra los mirmiliónicos denuedos:  
El Fífolgel con sus escuadras venga,  
Y los del Caganielo se estén quedos  
Hasta que den la seña desde el muro  
Las piezas que dispara el Mosquifuro.  
«A nuestro magno Granestor se encarga  
Una escuadra feroz de gente hormiga,  
Todos con armas dobles y asta larga,  
Que repriman la cólera enemiga:  
Cubriendo el pecho de espaciosa adarga,  
Luego mi escuadra sus pendones siga,  
Y tras ella el famoso Caganielo  
Con gente de la Pullia enluté el suelo.»  
Esto dijo el Mirnuca; y al instante  
Que los soldados su razon oyeron,  
A dar orden y traza en lo importante,  
Y armarse para el caso se partieron:  
De fino acero, hermoso y rutilante  
Los varoniles miembros revistieron,  
Y el corazon de rabia, de manera  
Que palpitaba por salir afuera.

Armase el Granestor y al campo sale  
Vestido del terrible y fuerte glob  
Que al trigo cubre, porque el rey se vale  
De armas en que sus fuerzas hacen robo:  
No hay dura punta que su peto cale,  
Ni hay en los montes de la Arcadia lobo  
Hambriento que la oveja así persiga,  
Como á las moscas este rey hormiga.  
Aunque era viejo el Granestor, tenia  
De una robusta juventud asomo,  
Que más en su vejez resplandecia,  
Aunque era engaste de diamante en plomo;  
Porque, con ser decrepito, solia  
Cargar alguna vez sobre su lomo  
Un entero y pesado grano de haba,  
Y en su caverna lóbrega lo entraba.  
Una espiga de trigo le dió el asta,  
Que á las demás excede en agudeza,  
Contra la cual y su rigor no basta  
El peto de más sólida corteza:  
Con esta lanza y su valor contrasta  
Del contrario enemigo la fiereza,  
Haciéndose temer el fuerte hormiga  
A poder de los botes de su espiga.  
De la piel de un gusano el Mosquifuro  
Soberbio armado va de punta en verde,  
Por ser reparo tan terrible y duro,  
Que nunca falta ni su fuerza pierde;  
Y aunque iba sin las armas bien seguro,  
Quiere que en los cien piés se le recuerde  
Aun á Júpiter santo y soberano  
El miedo que le puso Centimano.  
Lleva la piel vestida de manera,  
Desde la zanca larga hasta la cara,  
Y todos los cien piés saliendo afuera,  
Que aun á los dioses pienso que espantara:  
Ninguno su figura y talle viera,  
Que en viéndole al momento no juzgara  
Que su semblante temerario y feo  
No era la misma forma de Briareo.  
Con una escama de animal marino  
Armado el fuerte cuerpo y temerario,  
El general de los hormigas vino  
Amenazando el traje á su contrario:

Más reluciente que de acero fino  
Era el lucido peto extraordinario,  
Por ser arma vistosa y peregrina  
La escama que vistió de la sardina.

Una redonda escama cubre el pecho,  
Otra la espalda contrapuesta cubre,  
Otra le dió el escudo de provecho  
Que brazo y mano con su anchura encubre:  
En el brazo fortísimo derecho  
El asta temeraria se descubre,  
Que el mismo pez marino de su lomo  
Le dió la lanza de terrible tomo.

La espina raspa por su lanza enristra;  
Y aunque del lomo de la bestia horrenda  
Con el soberbio brazo la administra,  
Sin que su peso y gravedad le ofenda;  
La punta aguda para herir registra,  
Porque piensa el hormiga en la contienda  
Espetar en su lanza, por la punta,  
Del fuerte mirmilion la hueste junta.

¡ Oh quién hubiera visto por sus ojos  
Sobre una gran langosta caballero  
Al Fífolgel, caudillo de los piojos,  
Que iba delante dellos el primero!  
Reventando de cólera y enojos,  
A su caballo aligero ligero  
Con el freno los impetus refrena,  
Que al cielo arroja la menuda arena.

El Putrífol chince con dos alas  
De gente fuerte de Letiria infantes,  
Todos cargados de veloces balas,  
De las más duras armas penetrantes,  
Sale, y cubiertos de bizarras galas,  
Se llegan á ocupar su puesto, y ántes  
Llega el Mirnuca, y con prudencia entabla  
El escuadron, á quien esfuerza y habla.

¡ Quién ponderar pudiera las razones  
Que el general Mirnuca les decia,  
Alentando los flacos corazones,  
Y el ánimo que en ellos infundia!  
En sus lenguas hablaba á las naciones,  
Porque todas sin duda las sabia,  
La arañil, hormiguesa y la piojesca,  
La chinchona, letirica y pulguesca.

Era el Mirnuca capitan muy diestro,  
No como otros que al campo apenas salen  
Cuando quieren que á diestro y á siniestro  
Todas las fuerzas del contrario talen:  
Maduramente, como gran maestro,  
Mira los escuadrones cómo salen,  
Y en partes convenientes los aplica,  
Y ardides y invenciones les fabrica.

¡ Oh cuál andaban ya las furias locas  
Dando por los ejércitos carreras,  
Llevando abiertas sus terribles bocas  
Vomitadoras de ponzoñas fieras!  
Los corazones débiles en rocas  
Convirtiéndose van, y ellas ligeras,  
Sembrando mil pestíferos venenos,  
Dejan los campos de furores llenos.  
Sus cabellos cerásticos desmiembra  
Tisifone la fiera, que con ira  
Por el mosquino ejército los siembra,  
Y á todas partes con soberbia tira:  
Por el estruendo varonil la hembra  
Rabiando pasa y vomitando gira,  
Sin dejar parte en cuanto el campo ocupa  
Donde fuego no vierta y rabia escupa.

Una serpiente víbora le arrima  
Al rey Sanguileon al diestro lado,  
Que á la venganza su furor le anima  
Del muerto Ranifuga no vengado:  
La memoria de nuevo le lastima,  
Llegando á sus entrañas el bocado  
Con que la mala víbora le aqueja,  
Más que el alano al toro por la oreja.

La furia Alecto con la misma saña  
Furiosa arranca su encrespada greña,  
Y arroja con furor por la campaña  
Los monstruosos cabellos que desgreña:  
Los corazones rigurosa ensaña,  
Y en ellos mismos dibujado enseña  
La afrenta y el agravio cometido,  
Las muchas muertes y el honor perdido.

Al Caganielo pulga representa  
Del Ranifuga mosca la osadia,  
Cuando el púlico alcázar vió su afrenta,  
Tinto en la sangre de su gente un día:



Al Fífolgel castiga y atormenta,  
 Recordándole aquella tiranía,  
 Cuando en el campo cútico murieron  
 Los piojos que á la pulga ayuda dieron.  
 La endiablada Meguera á las hormigas  
 Les trae á la memoria el grande estrago  
 Que hicieron las canallas enemigas  
 Cuando chuparon de la sangre el lago:  
 Que nunca en tantas bélicas fatigas  
 Ellas se vieran si en el día aciago  
 La nube de las moscas no llegara  
 Y la sangre pitónica chupara.  
 En lo interior del ánimo predica,  
 Y á los sentidos de la hormiga gente  
 Mil figuras diabólicas aplica,  
 Incitadoras de furor ardiente:  
 El suceso feroz les pronostica,  
 Y aquí y allí volando diligente,  
 Royendo fuertes corazones, pasa,  
 Y en colérico fuego los abrasa.  
 « Mirad, secretamente les pregona,  
 Que sois sangre sin par de aquella bestia  
 Que al soberano parto de Latona  
 Pudo causar temor y dar molestia:  
 Pues si esto, hormigas, vuestra fuerza abona,  
 Solo podrá servir vuestra modestia,  
 Si os haceis miel, de que la mosca os coma;  
 Que ya el camino para hacerlo toma. »  
 Ya del infame tósigo y veneno  
 Por las fieras hermanas esparcido,  
 El un campo y el otro estaba lleno  
 Y á la campal batalla apercebido:  
 Ya vomitaron del furioso seno  
 El rencor que del reino del olvido  
 Las tres sembraron, que en los pechos fuertes  
 De la chusma produjo horrendas muertes.  
 Ya las chicharras con estruendo y grita  
 Están las duras erres redoblando,  
 Y la caterva bélica infinita  
 Los soberbios escudos embrazando:  
 La voz á los sonípedes incita,  
 Y por salir furiosos relinchando,  
 Espuma vierten y los frenos muerden,  
 Y con la alteracion el órden pierden.

¡ Ay, ay, hormigas! De tan fiera Erine  
 ¿ Quién habrá de vosotras que se esconda?  
 ¿ Quién que la tierra con sus uñas mine  
 Sin que el hado comun le corresponda?  
 Mas ¿ á qué parte iréis donde no atine  
 Némesis la soberbia con la honda  
 Que ya á su dedo con rigor enlaza,  
 Con que la muerte á todos amenaza?  
 Ya el enemigo que salgais aguarda;  
 Ya avisan las chicharras la salida;  
 Ya soplan las Euménides porque arda  
 La llama en vuestros pechos encendida:  
 Solamente mi pluma se acobarda;  
 Sin entrar en batalla va vencida;  
 Pero démosle un corte; que con tanto  
 Saldrá ligera y perderá el espanto.

## CANTO XI.

Polimnia, tú que tus virgíneas sienes  
 Del incorrupto lauro, eterna gloria  
 Del sacro Febo, coronadas tienes,  
 Que eternizan en tí fama y memoria:  
 Si á dar ayuda á quien te invoca vienes,  
 Presto tendrá dichoso fin la historia  
 A quien con tu favor principio diste,  
 Porque sus trances y remates viste.  
 Si acaso inspira tu memoria eterna,  
 Y fuerza prestas á la flaca mia,  
 Que en este mar inmenso se gobierna  
 Por tu espíritu manso que la guía;  
 Si en un estrago tal la sed interna  
 Que el vil temor en sus entrañas cria,  
 El aura dulce de tu aliento apaga,  
 Avivando mi voz, que el miedo estraga;  
 ¡ Qué de sucesos varios y inauditos  
 El alma me estimula que prometa,  
 Por histórica pluma nunca escritos,  
 Ni por voz modulados de poeta!